

El futuro de la ciencia económica

La ciencia económica, en su fase actual, ha logrado ciertamente un alto grado de sofisticación técnica y rigor metodológico por medio de una coherente aplicación de sus supuestos heurísticos, tales como la tesis de la racionalidad maximizadora de los agentes o el individualismo metodológico, y una generalizada y precisa formalización matemática. Sin embargo, cada vez son más las personas que señalan los costos excesivos que puede implicar esta coherencia metodológica, tanto para la ciencia como para la realidad en general. La pérdida de perspectiva, la excesiva unilateralidad y la falta de flexibilidad ante una realidad compleja y cambiante, que evidenciaron muchos actores involucrados en los hechos que precedieron a la crisis financiera global del 2008, tuvieron en buena medida su origen, según estos críticos, en un verdadero encierro metodológico. Esto impidió tomar en cuenta las advertencias provenientes tanto desde fuera como desde dentro de la propia disciplina económica.

Sin embargo, en los últimos años, todavía en medio de la gran incertidumbre acerca del futuro que dejó la crisis, comienzan a verse algunos signos que parecen apuntar a una reflexión más amplia, con el fin de comenzar a modificar el *statu quo* en el cual hasta ahora se encuentra dicha ciencia. Entre ellos cabría mencionar, por ejemplo, la conferencia que en septiembre de 2011 tuvo lugar en la Universidad de Columbia titulada “Fundamentos filosóficos de la ciencia económica y de la buena economía: valores individuales, fines humanos y autorrealización”, en la que participaron economistas de la talla de Edmund S. Phelps, Robert J. Shiller, Joseph Stiglitz, Amartya Sen y John Kay. Lo novedoso de esta reunión fue especialmente el hecho de que un grupo tan destacado de economistas tomara la iniciativa de apartarse por un momento de la urgencia que planteaba la coyuntura de la crisis para reflexionar acerca del problema de fondo que afecta a la ciencia económica, es decir, acerca de sus principios fundamentales y su modo de acercamiento a la realidad. En tal sentido, algo más para destacar de este encuentro constituyó el hecho de que los mencionados economistas no se reunieron solos, sino que se arriesgaron a entablar un diálogo abierto con importantes filósofos y científicos sociales tales como Thomas Nagel, Saskia Sassen y Richard Sennet, con el propósito de comenzar a pensar juntos la forma nueva que podría adquirir el pensamiento económico en el futuro.

Otro signo de un posible cambio viene del *Instituto para el Nuevo Pensamiento Económico*, organizado a nivel global por destacados economistas en el que se intenta comenzar un proceso de apertura de la ciencia económica hacia una visión más interdisciplinaria, histórica y ligada a los problemas reales. Dentro de las líneas de investigación de este nuevo instituto se destacan, por ejemplo, el *Centro para la Historia de la Política Económica* encabezado por Bruce Caldwell

en la Universidad de Duke, y el *Programa de Investigación en Historia económica* dirigido por Barry Eichengreen en la Universidad de California Berkeley, los cuales apuntan a la educación de economistas formados en historia con capacidad para influir de modo efectivo en el debate y el diseño de políticas públicas. Asimismo, en el ámbito del mismo Instituto, se desarrolla un *Comité para la reforma del Curriculum de Enseñanza de la Economía* dirigido por Lord Robert Skidelsky y Perry Mehrling, cuyo objetivo es realizar recomendaciones concretas para cambios en los objetivos y contenidos de las carreras de Economía en Universidades de todo el mundo.

Con este mismo espíritu, en este número 85 de *Cultura Económica* publicamos una serie de artículos que apuntan precisamente a profundizar la reflexión del pensamiento económico sobre sí mismo que, como se ve, parece haber tomado más fuerza en los últimos años. En primer lugar, presentamos el artículo que el Profesor Robert J. Shiller, tuvo la gentileza de enviarnos poco antes de haber sido galardonado con el Premio Nobel de Economía 2013, escrito junto a Virginia Schiller, ambos profesores de la Universidad de Yale. Inspirado en las ideas del economista Robert Heilbroner, los Shiller nos proponen repensar la tarea del economista bajo la imagen heilbroniana del “filósofo mundano” (*worldly philosopher*). En contraposición a la idea puramente especializada y técnica que fue adquiriendo la profesión económica, los autores consideran que el cambio de perspectiva central que necesitaría la economía radicaría en volver a pensarla como una profesión “filosófica”, es decir, que dote a quienes se forman en ella con la capacidad de realizar preguntas no sólo acerca de los medios más eficaces para obtener ciertos fines ya dados, sino también acerca de la razonabilidad de los fines mismos que consumidores, trabajadores, empresarios y todos los demás agentes de la economía nos proponemos cada día y hacia los cuales dichos medios van dirigidos. Esta sola exigencia –que rompería con el tabú de la llamada neutralidad valorativa de la ciencia- llevaría al economista, según los Schiller, a adoptar enfoques metodológicos lo suficientemente flexibles como para poder insertar su visión, análisis y recomendaciones dentro del marco más amplio de los grandes fines sociales y humanos considerados en su conjunto.

El segundo artículo de este número del profesor Jacob Dahl Rendtorff de la Universidad de Roskilde en Dinamarca, presenta el debate sobre la relación entre la ciencia económica y la ética revisitado luego de la crisis financiera global. De acuerdo con Rendtorff, en tanto la economía política clásica y la economía del bienestar reconocían las vinculaciones entre ambas disciplinas, la ciencia económica neoclásica, predominante en las décadas previas a la crisis, se concibió a sí misma como libre en su totalidad de estos vínculos. Sin embargo, un análisis más pormenorizado de los modelos de análisis neoclásico permitiría ver, según Rendtorff, que a pesar de esta intención de completa autonomía metodológica, dichos modelos contienen implícitamente múltiples supuestos normativos, especialmente aquellos provenientes del pensamiento ético utilitarista. En tal sentido, el profesor danés propone explicitar la dimensión ético-normativa inevitable en cualquier análisis económico, haciendo entrar en relación los conceptos básicos de la ciencia económica como el de utilidad, preferencias o competencia con conceptos éticos y sociales como los de necesidad, libertad o cooperación, con el fin de lograr una concepción argumentativamente justificada –y no simplemente fáctica- de las propuestas de políticas públicas.

En tercer lugar, publicamos el artículo del profesor Carlos Carvallo Spalding, de la Universidad Católica del Uruguay, quien sostiene que luego de la crisis financiera global el andamiaje conceptual del paradigma neoclásico, edificado sobre un atractivo formalismo matemático, ha dejado entrever sus falencias. En ese contexto, el artículo plantea la necesidad de revisar sus fundamentos,

en especial la concepción antropológica que subyace detrás del modelo, y su metodología, postulando la necesidad de modificar el rumbo de la ciencia económica hacia una dirección personalista en diálogo con el resto de las ciencias sociales.

En cuarto lugar, publicamos los resultados del trabajo de investigación de Diego Favaro Villegas, profesor de la Universidad Católica del Uruguay, en el cual presenta la evolución del concepto de empresa desde una perspectiva estática y exógena, propia de la teoría neoclásica convencional, hacia una perspectiva dinámica, evolutiva y endógena, en relación a la teoría evolucionista representada por Joseph Schumpeter. En tal sentido, en opinión de Favaro Villegas, una perspectiva de este tipo permitiría ampliar la visión de la teoría económica de la firma iniciada especialmente a partir de las ideas de Ronald Coase.

Finalmente, cerramos el número con la Carta del Papa Francisco al primer ministro del Reino Unido David Cameron con ocasión de la Cumbre del G8 realizada en junio de 2013. En esta misiva, dirigida a los principales líderes del mundo en un momento todavía muy delicado de la economía mundial, se puede ver con claridad, desde la perspectiva universal que le exige su misión pontificia comenzada este año, la continuidad en la preocupación de los tres últimos Papas porque el proceso económico propio de la globalización logre finalmente encauzarse dentro de un nuevo tipo de cultura en la cual la dimensión ética y humana tenga un lugar mucho más central y decisivo en la economía. En tal sentido, este número de *Cultura Económica* tiene la intención de realizar un pequeño aporte, desde el campo del pensamiento y la reflexión universitarias, en la consecución de este difícil pero tan necesario objetivo.

C. H.